

4

ABRAHAM

Fue Abraham un hombre dotado y asistido por dicho poder. Prueba de ello es que habiendo nacido en Mesopotamia de una familia desconocedora de la Unicidad de Dios, se enfrentó a su propia nación y hasta a su propia familia al rechazar a todos sus dioses. Solo y sin respaldo opuso resistencia a toda una tribu, tarea que no es sencilla. Sería como si hoy en día alguien se pusiera a negar a Cristo en medio de una nación cristiana aferrada a la Biblia; o como si tal persona, personándose en la corte pontificia, profiriese airadas blasfemias contra Cristo enfrentándose contra todo un pueblo.

Aquella gente no creía en un Dios único, sino en una pluralidad de dioses a los que atribuían milagros. Todos se alzaron contra Abraham. Nadie le socorrió con la sola excepción de Lot, hijo de su hermano, y de una o dos personas sin influencia. Por último, reducido a la mayor de las miserias por la oposición de sus enemigos, se vio obligado a abandonar la tierra natal. A decir verdad, le desterraron con el propósito de aplastarlo y aniquilarlo al punto de que no quedase vestigio alguno de Él.

Sin embargo, Abraham llegó a la Tierra Santa. Sus enemigos creían que el exilio acabaría arruinándole y destruyéndole, pues parecía imposible que un hombre, aun-

que fuera un rey, habiendo sido desterrado de su tierra natal, privado de sus derechos y acosado por todas partes, pudiera salvarse del exterminio. Mas Abraham permaneció firme, mostrando una constancia extraordinaria. Dios hizo de aquel destierro su gloria eterna, a tal punto que por medio de Abraham la Unidad de Dios quedó establecida en medio de una generación politeísta. El exilio se convirtió en la causa del progreso de los descendientes de Abraham; la Tierra Santa les fue otorgada. En consecuencia, las enseñanzas de Abraham se difundieron por doquier. Entre su descendencia surgieron Jacob, y José que llegaría a ser gobernante de Egipto. En virtud de aquel exilio un Moisés y un ser como Cristo se dieron a conocer entre sus vástagos. También ha de contarse Agar, de quien nació Ismael, entre cuyos descendientes se encuentra Mahoma. En virtud de aquel exilio apareció el Báb, del linaje de Mahoma, y los Profetas de Israel, descendientes de Abraham. Y así será por siempre jamás. En virtud de aquel exilio Europa entera y la mayor parte de Asia hallaron cobijo a la sombra protectora del Dios de Israel. Observa cuán grande es el poder que permitió que un hombre, fugitivo de su país, fundase una familia semejante, estableciera tal fe, y difundiera tales enseñanzas. ¿Puede alguien decir que todo esto ocurrió accidentalmente? Debemos ser justos: ¿fue o no fue Abraham un Educador?

Siendo así que el exilio de Abraham desde Ur a Alepo de Siria reportó semejantes frutos, conviene reflexionar cuál será el efecto de los exilios sucesivos de Bahá'u'lláh desde Teherán a Tierra Santa, pasando por Bagdad, Constantinopla y Rumelia.

¡Comprueba pues cuán perfecto Educador fue Abraham!

5

MOISÉS

Por largo tiempo Moisés fue un pastor del desierto. Externamente era un hombre que había sido criado en el seno de una familia tiránica, un hombre al que se le conocía también por haber cometido un homicidio y por haberse convertido en un pastor de ovejas. Por ello el gobierno y el pueblo del Faraón le odiaban y detestaban.

Fue un hombre tal quien liberó a una gran nación de las cadenas del cautiverio, quien les llenó de satisfacción, quien les sacó de Egipto y les condujo a la Tierra Santa. De las profundidades de la degradación la nación judía fue elevada a las alturas de gloria. El más ignorante de los pueblos llegó a ser el más sabio. Merced a las instituciones que Moisés les confirió, los judíos alcanzaron una posición que habría de reportarles fama y honor entre todos los países y naciones. Tan es así que cuando se quería alabar a un hombre entre las naciones vecinas solía decirse: "seguro que es un israelí". Moisés estableció la ley de la religión y los mandamientos que habían de dar vida al pueblo de Israel, alzándole a las más elevadas cimas de civilización de la época.

Los judíos lograron un desarrollo tal que los filósofos de Grecia acudían a los sabios de Israel en busca de conocimientos. Entre ellos Sócrates, quien visitó Siria y se llevó de los hijos de Israel las enseñanzas relativas a la inmortalidad

de Dios y la inmortalidad del alma. A su regreso a Grecia dio a conocer aquellas enseñanzas. Más tarde el pueblo de Grecia se alzó contra él, le acusó de impiedad, le denunció ante el Areópago y le condenaron a morir por envenenamiento.

Pues bien ¿cómo pudo un hombre tartamudo, educado en la casa del faraón, tenido por homicida, quien por temor a represalias permaneció fugitivo durante largo tiempo y llegó a convertirse en pastor de ovejas; cómo pudo establecer una Causa tan grande siendo así que los filósofos de la Tierra no han mostrado ni la milésima parte de esa influencia? Una cosa así resulta prodigiosa.

¡Un hombre de lengua balbuciente, que ni siquiera sabía conversar correctamente, triunfó en la defensa de una Causa tan magnífica! Jamás hubiese sido capaz de llevar adelante tan gran empresa de no haber contado con el auxilio del poder divino. Estos son hechos innegables. Los filósofos materialistas, los pensadores griegos, los grandes hombres de Roma, alcanzaron la fama tras especializarse en una sola rama del conocimiento. Así es como Galeno e Hipócrates llegaron a ser célebres en medicina, Aristóteles en lógica y razonamiento, Platón en ética y teología. ¿Cómo pudo un pastor adquirir todos estos conocimientos? Sin duda, debió de contar con el auxilio de un poder omnipotente.

Piensa en las dificultades y pruebas que se le plantean a la gente: para frustrar una crueldad, Moisés dio muerte a un egipcio, lo que le valió su fama de homicida, especialmente justificada por el hecho de pertenecer la víctima a la clase gobernante. Moisés se dio a la fuga y más tarde ¡fue investido con el rango de profeta! No obstante su mala reputación ¡cuán maravillosamente le guió un poder sobrenatural a establecer instituciones y leyes tan espléndidas!

6

CRISTO

Luego vendría Cristo quien dijo "He aquí que he nacido por obra del Espíritu". Aunque ahora resulte fácil para los cristianos creer una aseveración semejante, en aquel entonces resultaba en extremo difícil. Según el texto del evangelio los fariseos dijeron: ¿no es éste Jesús, el hijo de José el de Nazaret, cuyo padre nos es conocido ¿cómo pues dice "del Cielo he descendido"?¹

En breve, este hombre que a los ojos de todos parecía muy humilde, se levantó con un poder tan grande como para abolir una religión que había perdurado durante quince siglos. Eso ocurrió en una época en que la más leve desviación exponía al transgresor a peligro grave o mortal. En los tiempos de Cristo, la moralidad pública y la condición de los israelíes habían caído en un estado de degradación, corrupción y servilismo extremos. De estar sometidos a cautiverio por los caldeos y los persas, pasaron a ser esclavos de los asirios; y más tarde pasaron a ser súbditos y vasallos de los griegos, para, finalmente, verse sometidos al dominio y desprecio romanos.

Asistido por un poder sobrenatural, este joven, Cristo, abrogó la antigua ley mosaica, reformó la moral pública,

¹ Jn. 6: 42.

restableció Israel en sus fueros de gloria eterna, trajo a la humanidad las buenas nuevas de la paz universal y difundió por todas partes enseñanzas destinadas no sólo a la felicidad de la casa de Israel sino de todo el cuerpo social humano.

Los israelíes, los de su propia sangre, fueron los primeros en querer deshacerse de Él. En apariencia lograron someterlo y reducirlo al más penoso sufrimiento. Por último incluso lo coronaron de espinas y le crucificaron. Empero, Cristo, estando aparentemente en la más profunda miseria y aflicción, proclamó: "Este Sol resplandecerá, esta luz brillará, mi gracia circundará al mundo y todos mis enemigos serán doblegados". Tal como dijo así aconteció. Todos los reyes de la tierra no han podido resistirle; antes bien, sus estandartes se han visto derribados, en tanto que la enseña de aquel Oprimido se ha visto izada hasta la cúspide. Un hecho así contradice todas las reglas de la razón humana. Resulta claro entonces que este Glorioso Ser, ayudado y confirmado por el poder divino, fue un verdadero Educador de la humanidad.

7

MAHOMA

En cuanto a Mahoma, americanos y europeos han dado por buenas diferentes historias del Profeta que han escuchado de boca de fuentes ignorantes u hostiles, en su mayor parte clérigos, pero también de musulmanes ignorantes que repetían tradiciones infundadas con las que en su estulticia creían rendir tributo a Mahoma. Pues bien, la mayor parte de los historiadores europeos han dado crédito a los relatos de esa gente ignorante, relatos como el de algunos musulmanes necios que hacían de la poligamia el centro de sus alabanzas, creyéndola digna de admiración.

Por ejemplo, cierto día un necio explicaba a un clérigo que la verdadera prueba de la grandeza radica en la bravura y el derramamiento de sangre, y que en un solo día un secuaz de Mahoma había decapitado a un centenar de hombres en el campo de batalla. De la narración el clérigo infirió que la matanza constituía la mejor demostración de la excelencia del Islam; lo que no deja de ser un disparate manifiesto. Por el contrario, las expediciones guerreras de Mahoma tuvieron siempre carácter defensivo. Prueba de ello es que durante trece años, todavía en la Meca, tanto Mahoma como sus seguidores sufrieron las más violentas persecuciones. En ese período todos fueron el blanco de las flechas del odio. Algunos de los compañeros fueron asesi-

nados y sus propiedades confiscadas. El propio Mahoma, tras severísimas persecuciones infligidas por los qu-rayshíes, quienes estaban resueltos a quitarle la vida, huyó en medio de la noche a Medina. Aún así, sus enemigos no cejaron en sus persecuciones; acosaron a Mahoma hasta Medina y a sus discípulos hasta la misma Abisinia.

Las tribus árabes se encontraban en los más profundos abismos del salvajismo y de la barbarie. En comparación con ellos, los salvajes del África y los fieros indios de América, eran tan avanzados como un Platón. Los salvajes de América no enterraban vivos a sus niños como los árabes lo hacían con sus hijas, jactándose además de ello como si se tratase de un acto honroso.¹ Muchos hombres amenazaban a sus mujeres espetándoles: "si das a luz a una mujer te mataré". Aun en la actualidad, los árabes consideran algo terrible el tener hijas. Por añadidura, estaba permitido que un hombre tuviera un millar de mujeres; de hecho, la mayoría tenía más de diez esposas en sus casas. Cuando se iba a la guerra, la tribu que salía victoriosa tomaba a las mujeres y niños de la tribu vencida en calidad de esclavos. Cuando fallecía un hombre que tenía diez esposas, los hijos se abalanzaban sobre las madres de los demás. Si uno de ellos echaba su manto sobre la cabeza de la mujer de su padre pronunciando la frase "esta mujer es mi legítima propiedad", de inmediato la desventurada se convertía en una prisionera y esclava a la que podía tratar como se le antojase, lo que incluía maldecirla, encerrarla en un pozo, azotarla, matarla o torturarla hasta obligarla a recibir la muerte como una liberación: según los usos y costumbres árabes él era su amo y señor. Es evidente que en un am-

¹ Los Banú-Tamím, una de las tribus árabes más bárbaras, practicaba esta abominable costumbre.

biente así debían de darse cita la malignidad, los odios, los celos y la enemistad entre esposas e hijos de un mismo hogar. No es preciso explayarse más sobre este particular. ¡Medita pues sobre las condiciones de vida de estas mujeres oprimidas!

El pillaje constituía la norma de vida de las tribus árabes. La guerra, la matanza, el saqueo y la devastación de las propiedades, el secuestro de mujeres y niños que luego eran vendidos como esclavos, las mantenía ocupadas permanentemente. Cuán a menudo sucedía que las hijas e hijos de un príncipe, que habían transcurrido sus días rodeados de comodidades y lujos, se encontraban al caer de la noche reducidos a la vergüenza, la pobreza y el cautiverio. La víspera eran príncipes; al día siguiente, prisioneros. La víspera eran grandes damas; al día siguiente, esclavas.

Mahoma recibió la revelación divina en medio de esas tribus. Su huída ocurrió tras soportar trece años de persecución. Aún así, las gentes no dieron tregua a la persecución, unidos como estaban por un mismo propósito de exterminarlo a Él y a todos sus seguidores. Fue bajo circunstancias semejantes como Mahoma se vio obligado a recurrir a las armas. Esa es la verdad; no somos fanáticos, ni deseamos defenderle, sino que somos justos y decimos lo que es justo. Sé imparcial. Si Cristo mismo se hubiese encontrado en tales circunstancias, entre semejantes tribus tiránicas y bárbaras, si durante trece años hubiese soportado pacientemente junto con sus discípulos todas esas pruebas, viéndose finalmente obligado a huir de su tierra natal; si a pesar de ello, esas tribus forajidas hubiesen continuado persiguiéndole, matando a los hombres, capturando a sus mujeres e hijos ¿cuál hubiera sido el proceder de Cristo frente a ellos? De haberse visto hostigado sólo Él, les habría perdonado; pero de haber visto la resolución con que unos

crueles y sanguinarios asesinos estaban dispuestos a matar, saquear y deshonorar a los oprimidos, y a tomar cautivos a sus niños y mujeres, a buen seguro habría protegido a éstos y presentado resistencia contra los tiranos. ¿Qué objeción entonces cabe planteársele a la conducta de Mahoma? ¿Cabe objetar que Mahoma, con sus seguidores, mujeres y niños, no se sometiesen a unas tribus salvajes? Atajar la sed de sangre de éstas representaba la mayor bondad; contenerlas y moderarlas, un verdadero acto de clemencia. Es como si un hombre rompiese la copa de veneno que su amigo se disponía a beber, logrando así salvarle la vida. En circunstancias similares, es indudable que Cristo, con poder conquistador, habría salvado a los hombres, mujeres y niños de esos sanguinarios lobos.

Mahoma nunca hizo la guerra a los cristianos. Antes bien, les trató con bondad y les dio absoluta libertad. La comunidad cristiana de Najrán se hallaba bajo su cuidado y protección. Tal como Mahoma manifestó: "Si alguien viola sus derechos yo mismo seré su enemigo, y en presencia de Dios formularé cargo contra él". En los edictos que promulgó, queda claramente establecido que las vidas, propiedades y honor de cristianos y judíos contarían con la tutela de Dios. Si un musulmán se casaba con una cristiana, el marido no debía prohibir la asistencia a la iglesia, ni obligarla a cubrirse con velo, y en caso de muerte sus restos debían ser confiados al cuidado de los sacerdotes cristianos. Si éstos últimos deseaban construir una iglesia, el Islam debía ayudarles. En caso de guerra, los cristianos, dada su condición de protegidos, quedaban exentos de combatir en defensa del Islam. En compensación por esta inmunidad debían pagar anualmente una pequeña suma de dinero. Hay constancia de siete edictos detallados relativos a estos temas, algunas copias de los cuales existen to-

davía en Jerusalén. Este hecho puede verificarse independientemente de mi afirmación. El edicto del segundo califa² se encuentra aún bajo la custodia del patriarca ortodoxo de Jerusalén. De ello no cabe ninguna duda.

No obstante, luego de transcurrido cierto tiempo, a raíz de las transgresiones tanto de musulmanes como de cristianos, surgieron el odio y la enemistad entre las dos partes. Aparte de esta verdad, las historias que cuentan musulmanes, cristianos y demás arrancan del fanatismo, la ignorancia o la hostilidad más enconada.

Aseguran los musulmanes, por ejemplo, que Mahoma partió la luna y que ésta cayó sobre la montaña de la Meca. Conciben pues que la luna es un cuerpo pequeño que Mahoma dividió en dos, lanzando una sobre esa montaña y la otra sobre otra montaña. Tales fábulas son puro fanatismo. Como también lo son los relatos, exagerados cuando no totalmente infundados, por los que el clero cristiano atribuye culpas.

En resumen, Mahoma apareció en el desierto de Hijáz, en la península arábiga, que por entonces no era más que un desolado, estéril e inhabitado desierto. Algunas ciudades como la Meca y Medina eran extremadamente calurosas. Los habitantes de Arabia eran nómadas caracterizados por los usos y costumbres propios de los habitantes del desierto, y por tanto absolutamente desprovistos de educación y ciencia. El propio Mahoma era analfabeto. El Corán de hecho fue originalmente grabado en escápulas de oveja, o en hojas de palmeras. Detalles como éstos dan idea de la clase de pueblo al que fue enviado Mahoma. La primera pregunta que Mahoma les planteó fue: ¿Por qué no aceptáis el pentateuco y el evangelio, y por qué no creéis en

² El califa 'Umar.

Cristo y en Moisés? Estas palabras les resultaron difíciles de tolerar, por lo que replicaron: "Nuestros antepasados no creían en el pentateuco ni en el evangelio; explícanos la razón". Mahoma respondió: "Eran descarriados. Debéis rechazar a quienes no creen en el pentateuco y en el evangelio, aun cuando sean vuestros padres y antepasados".

En tal país y entre tales tribus bárbaras, un hombre analfabeto vino a revelar un libro donde en lenguaje perfecto y elocuente se explican los atributos y perfecciones divinos, el carácter profético de los mensajeros de Dios, así como las leyes divinas y algunos hechos científicos.

Sabes que antes de que se iniciaran las modernas observaciones científicas, desde los primeros siglos hasta el siglo quince de la era cristiana, todos los matemáticos del mundo coincidían en que la Tierra era el centro del universo, y que el sol era el que se movía. El famoso astrónomo e introductor de una teoría diferente fue el descubridor del movimiento de la Tierra y de la inmovilidad del sol.³ Hasta entonces todos los astrónomos y filósofos seguían el sistema ptolemaico; quienquiera lo contradijese era tomado por un ignorante. Aunque Pitágoras y Platón durante los últimos años de su vida ya habían adoptado la teoría de que el movimiento anual del sol alrededor del Zodíaco no se originaba en el sol, sino en el movimiento de la Tierra alrededor de éste, tal teoría había caído en olvido para ser reemplazada por el sistema ptolemaico, que habría de gozar de la aceptación de todos los matemáticos. Sin embargo, hay algunos versículos revelados en el Corán contrarios a la teoría del sistema ptolemaico. Uno de ellos reza: "El sol se mueve en un lugar fijo", lo que demuestra la inmovili-

³ Copérnico.

dad del sol y su movimiento alrededor de un eje.⁴ Otro versículo dice: "Y cada estrella se mueve en su propio cielo".⁵ De este modo se explican los movimientos del sol, de la luna, de la Tierra y de otros cuerpos celestes. Cuando apareció el Corán, los matemáticos ridiculizaron tales aseveraciones, atribuyendo la teoría a ignorancia. Incluso los doctores del Islam, comprobando que los versículos citados eran contrarios al sistema ptolemaico entonces favorecido, se vieron obligados a restarles mérito.

No fue sino hasta después del siglo quince de la era cristiana, casi novecientos años después de Mahoma, cuando un famoso astrónomo realizó nuevas observaciones y descubrimientos importantes con la ayuda de un telescopio de su invención.⁶ La órbita de la Tierra, la inmovilidad del sol y su rotación sobre su eje fueron descubiertos. Quedaba probado entonces que los versículos del Corán coincidían con los hechos, y que el sistema ptolemaico era imaginario.

Recapitulando, durante trece siglos numerosos pueblos del Oriente han recibido educación a la sombra de la religión de Mahoma. En el transcurso de la Edad Media, mientras Europa se encontraba en los más profundos abismos de la barbarie, los pueblos árabes aventajaban a los demás pueblos de la Tierra en civilización, ilustración, administración, artes, matemáticas y otras ramas del saber. El iluminador y educador de estas tribus árabes, y el fundador de la civilización y las perfecciones humanas en el seno de esas diferentes razas, fue un hombre analfabeto: Mahoma. ¿Fue o no fue este ilustre hombre un Educador? Hay que juzgar con equidad.

⁴ Cf. *Corán*, Sura 36.

⁵ Cf. *Corán*, Sura 36.

⁶ Galileo.

8

EL BÁB

En cuanto al Báb -que mi vida sea sacrificada por Él-, se levantó para proclamar su Causa siendo muy joven, cuando todavía no había cumplido más que veinticinco años de su bendita vida.¹ Los propios shí'is admiten que el Báb nunca llegó a realizar estudios en escuela alguna, ni había adquirido sus conocimientos por medio de ningún maestro. De ello dan suficiente testimonio los habitantes de Shiráz. A pesar de esas carencias, el Báb apareció de pronto ante su pueblo haciendo gala de la más consumada erudición. A pesar de no ser más que un mercader logró desconcertar a todos los 'ulamás de Persia.² Completamente solo y de un modo que desafía a la imaginación, alzó su Causa en medio de los persas, famosos por su fanatismo religioso. Con tal poder se alzó esa alma ilustre que los cimientos de la religión, moral, usos y costumbres de Persia se vieron sacudidos. El Báb instituyó una religión, leyes y preceptos nuevos. Por más que los hombres de estado, la casi totalidad del clero y las personalidades públicas se alzaron para

¹ 'Abdu'l-Bahá hace uso del título Hadrat-i-A'lá (su Alteza Suprema) para referirse al Báb. Para mayor comodidad del lector utilizaremos aquí en su lugar el título por el que mejor se le conoce en Europa, a saber, el Báb.

² Doctores de la religión islámica.

aniquilarlo, Él solo les hizo frente logrando así conncio-
nar a toda Persia.

Numerosos 'ulamás, personalidades y gentes diversas, sacrificaron gozosos sus vidas por su Causa, apresurándose por alcanzar la plaza pública del martirio. Los doctores en teología, grandes personajes, el Gobierno y la nación entera ansiaban extinguir su luz. Mas no lo consiguieron. Su luna surgió, su estrella brilló, sus fundamentos fueron firmemente establecidos y su punto de amanecer lució resplandeciente. El Báb impartió la educación divina a una multitud ignorante, dando lugar a maravillosos logros en el pensamiento, moral, costumbres y condiciones generales de vida de los persas. Anunció a sus seguidores las buenas nuevas de la manifestación del Sol de Bahá, preparándoles para que creyeran en Él.

La consecución de tan magníficos resultados; los efectos producidos en el modo de pensar de las gentes; el establecimiento de los fundamentos del progreso y de la prosperidad por parte de un joven mercader constituyen la mejor prueba de que éste fue un Educador perfecto. Una persona justa no podría dejar de creerlo así.

9

BAHÁ'U'LLÁH

La figura de Bahá'u'lláh surgió en una época en que el imperio persa, perdido en el más insensato fanatismo, se iba sumiendo en lo más profundo del oscurantismo y de la ignorancia.

Sin duda habrás leído descripciones detalladas sobre la moral, costumbres e ideas de los persas durante los últimos siglos. De nada serviría repetirlos aquí. En resumen, digamos que Persia había caído tan bajo que para los extranjeros era motivo de pesadumbre que un país, antaño tan glorioso y altamente civilizado, se encontrase ahora tan degradado, arruinado y cambiado como para que sus habitantes hubiesen perdido toda dignidad.

Fue en esa época cuando Bahá'u'lláh apareció. Su propio padre era uno de los visires, no uno de los 'ulamás. Como sabe todo persa, Bahá'u'lláh nunca estudió en escuela alguna, ni se asoció con los 'ulamás ni con los eruditos. La primera parte de su vida transcurrió en la mayor felicidad. Sus compañeros y amigos, aunque pertenecientes a la clase más distinguida de la nación persa, no eran hombres doctos.

Tan pronto como el Báb se dio a conocer, Bahá'u'lláh declaró: "Este gran hombre es el Señor de los justos; creer en Él es de la incumbencia de todos". Los 'ulamás obliga-

ron al Gobierno persa a enfrentarse al Báb, dictaron decretos por los que se ordenaba la masacre, el pillaje, la persecución y la expulsión de sus seguidores. Ello no obstante, Bahá'u'lláh se levantó para ayudar al Báb, dando muchas pruebas positivas de su verdad. La quema, matanza y saqueo de que fueron víctimas los nuevos creyentes de todas las provincias -mujeres y niños incluidos- no fue obstáculo para que Bahá'u'lláh se alzase a proclamar la palabra del Báb con la mayor firmeza y energía. Ni por un momento se ocultó. Antes bien, se mezcló abiertamente con sus enemigos entregado a la tarea de presentar pruebas de su misión. Por ello se le llegó a conocer como el Anunciador de la palabra de Dios. En numerosas ocasiones soportó los mayores infortunios, con grave peligro de ser martirizado en cualquier momento.

Bahá'u'lláh fue encadenado y encarcelado en una prisión subterránea. Sus inmensas heredades fueron saqueadas y confiscadas. Fue desterrado en cuatro ocasiones sucesivas de una a otra región, hasta encontrar descanso en "la Más Grande prisión".¹ Nada de esto impidió que Bahá'u'lláh, ni siquiera por un instante, dejara de proclamar la grandeza de la Causa de Dios. Desplegó tales virtudes, conocimientos y perfecciones que causó maravilla entre las gentes de Persia, a tal punto que tanto en Teherán como Bagdad, Constantinopla, Rumelia y 'Akká, todos los sabios y hombres de ciencia que llegaban a su presencia, amigos o enemigos, no dejaban de recibir la más completa y convincente respuesta a cualesquier preguntas que le formularan.

¹ Bahá'u'lláh sufrió su primer exilio en Bagdad. Luego seguirían sendos destierros a Constantinopla, Adrianópolis, y Akká (la Prisión Más Grande), ciudad fortificada esta última donde durante varios años fue sometido a un régimen de prisión rigurosa.

En Bagdad no era raro ver reuniones de 'ulamás musulmanes, rabinos judíos, cristianos y eruditos europeos. Cada cual tenía alguna pregunta que hacer y, aunque todos poseían diferentes grados de cultura, cada uno se retiraba satisfecho después de haber recibido una respuesta satisfactoria y convincente. Incluso los 'ulamás persas residentes en Karbilá y Najaf escogieron a uno de sus sabios para que actuase como su representante. Se llamaba Mullá Hasan 'Amú. Llegado que fue a la bendita presencia, realizó varias preguntas en nombre de los 'ulamá, preguntas a las que Bahá'u'lláh dio respuesta. Hasan 'Amu por su parte manifestó: "Los 'ulamás reconocen sin vacilación y dan fe del conocimiento y virtudes de Bahá'u'lláh, estando unánimamente convencidos de que su erudición no conoce par ni semejante. Es un hecho comprobado además que Bahá'u'lláh jamás ha estudiado o adquirido esa erudición. Empero, los 'ulamás dicen: 'No nos basta con esto; a pesar de su probada sabiduría y virtudes no podemos reconocer la realidad de su misión. Por esta razón le solicitamos que nos muestre un milagro con que satisfacer y afianzar nuestros corazones".

Bahá'u'lláh respondió: "Aunque no os asiste derecho alguno pues es propio de Dios probar a sus criaturas y no las criaturas a Dios, sin embargo permito y acepto vuestra petición. Pero la Causa de Dios no es un espectáculo de teatro que se representa cada hora, del cual pueda solicitarse una nueva diversión a todas horas. De ser así la Causa de Dios se convertiría en mero juego de niños. Los 'ulamás, por tanto, deben reunirse y, de común acuerdo, hacer constar por escrito que, después de realizado dicho milagro, ya no albergarán más dudas acerca de mí y confesarán la verdad de mi Causa. Que sellen ese documento y me lo traigan. Este debe ser el criterio a convenir: si el milagro se realiza,

no les quedará ninguna duda; en caso contrario, seremos convictos por impostura".

Tras levantarse el sabio Hasan 'Amú respondió: "No hay más que decir". Acto seguido, él -que no era creyente- besó la rodilla de la Bendita Belleza y se marchó. Reunió a los 'ulamás para transmitirles el sagrado mensaje. Después de sus deliberaciones dijeron: "Este hombre es un hechicero; tal vez realice algún encantamiento y no tengamos nada más que decir". No se atrevieron a más.²

Hasan 'Amú mencionó el suceso en varias reuniones. Tras abandonar Karbilá se fue a Kirmansháh y Teherán, difundiendo por todas partes un relato detallado, con especial énfasis en el temor y la retractación de los 'ulamás.

En resumen, todos los adversarios orientales de Bahá'u'lláh reconocieron su grandeza, magnificencia, conocimiento y virtud, refiriéndose a Él como al "célebre Bahá'u'lláh".

En el momento en que esta gran Luz se elevó repentinamente sobre el horizonte de Persia, todo el pueblo, ministros, 'ulamás y las demás clases se alzaron contra Él para perseguirle con la mayor animosidad, proclamando "este hombre quiere socavar y destruir la religión, la ley, la nación y el imperio". Lo mismo se había dicho de Cristo. Pero Bahá'u'lláh, solo y sin ayuda, se enfrentó a todos, sin manifestar nunca el menor signo de debilidad. Al final éstos dijeron: "Mientras este hombre se encuentre en Persia, no habrá paz ni sosiego; debemos desterrarle para que Persia pueda recobrar la tranquilidad".

Procedieron a violentarle para que así solicitara permiso para abandonar Persia. Creían que de esta manera la luz de

² El penetrante juicio de Bahá'u'lláh desbarató las intenciones malignas de sus enemigos, quien, a buen seguro, jamás hubieran podido ponerse de acuerdo en la elección de un milagro.

la verdad se extinguiría. Pero el resultado fue exactamente el contrario. La Causa se hizo manifiesta, su llama más intensa. Al principio sólo se extendió a través de Persia. El exilio de Bahá'u'lláh, sin embargo, se encargó de que la Causa se difundiera por otros países. De ahí que sus enemigos se dijeran: "Iráq-i-'Arab"³ no está suficientemente lejos de Persia; debemos enviarle a un reino más distante". Por esta razón, el gobierno persa resolvió enviar a Bahá'u'lláh de Iraq a Constantinopla. Una vez más se demostró que la Causa no quedaba debilitada ni un ápice. De nuevo los enemigos de Bahá'u'lláh se dijeron: "Constantinopla es un lugar de paso que sirve de residencia a varias razas y pueblos, incluidos un gran número de persas". Debido a ello, los persas le exiliaron aún más lejos, a Rumelia. Aún así, la llama se volvió más viva y la Causa más exaltada. Finalmente, los persas concluyeron: "Ninguno de estos lugares se halla al abrigo de su influencia. Debemos enviarle a algún lugar donde quede reducido a la impotencia, donde su familia y seguidores estén sometidos a los sufrimientos más horribles". Por tal motivo se inclinaron por la prisión de 'Akká, entonces especialmente reservada a los asesinos, ladrones y salteadores de caminos. A decir verdad incluían a Bahá'u'lláh dentro de esa clase de gente.

Pero el poder de Dios se hizo manifiesto: su palabra fue promulgada y la grandeza de Bahá'u'lláh se tornó más evidente, porque fue desde esa prisión y bajo tales humillantes circunstancias como Bahá'u'lláh consiguió que Persia mudase su condición. Al desbordar a sus enemigos demostró que éstos no podían presentar resistencia a la Causa.

³ Iraq. 'Abdu'l-Bahá utiliza el adjetivo "árabe" para distinguir esta región de la región persa del mismo nombre conocida como 'Iráq-i-Adjám, actualmente llamado Arák.

Sus santas enseñanzas penetraron en todas las regiones; la Causa fue establecida.

En todos las regiones de Persia, los enemigos se alzaron contra Él desplegando el mayor de los odios, encarcelando, matando, golpeando a sus conversos, incendiando y arrasando miles de hogares, valiéndose de todos los medios a su alcance para extirpar una Causa que, a pesar de todo, alcanzaba prominencia desde el confín de una prisión donde se daban cita asesinos, ladrones y salteadores de caminos. Sus enseñanzas fueron ampliamente divulgadas y sus exhortaciones influyeron en muchos de aquellos que habían estado más llenos de odio al punto de convertirlos en creyentes confirmados. Hasta el propio gobierno persa tuvo un despertar que le llevó a lamentar lo sucedido por causa de los 'ulamás.

Cuando Bahá'u'lláh llegó a esta prisión de la Tierra Santa, los sabios comprendieron que Dios había sido fiel a su promesa, y que las buenas nuevas que Dios había anunciado por boca de los profetas dos o tres mil años antes se habían vuelto realidad. Algunos de los profetas, en efecto, habían revelado y transmitido las buenas nuevas de que Yahvéh de los Ejércitos habría de manifestarse en la Tierra Santa. Todas estas promesas recibieron cumplimiento. A quienquiera reflexione le resultaría difícil comprender cómo Bahá'u'lláh pudo haber sido obligado a abandonar Persia y levantar su tienda en esta Tierra Santa de no ser por la persecución, expulsión y exilio a que fue sometido por sus enemigos, quienes mediante el expediente del encarcelamiento quisieron ver la bendita Causa completamente aniquilada. En realidad, ese encarcelamiento fue la mayor ayuda y habría de convertirse en el instrumento de su promoción. El renombre divino alcanzó al Oriente y al Occidente, y los rayos del Sol de la Verdad derramaron su

luz sobre todos los horizontes. ¡Alabado sea Dios! Quien no era más que un prisionero plantó su tienda sobre el Monte Carmelo conduciéndose con la mayor majestad. Todas las personas, amigos o extraños, que alcanzaban su presencia, decían: "Este es un príncipe, no un prisionero".

Tan pronto como llegó a la prisión⁴ envió una epístola a Napoleón⁵ a través del embajador francés. En ella se decía: "Inquiérese cuál fue nuestro crimen para que mereciésemos esta prisión y mazmorra". Napoleón no respondió. A renglón seguido una segunda epístola, incluida en el *Súriy-i-Haykal*⁶, le fue despachada. La epístola dice: "Oh Napoleón, ya que no has escuchado mi llamada ni dado respuesta alguna, pronto tu dominio te será arrebatado y tú reducido a la nada. La epístola fue enviada a Napoleón por correo, por medio de César Ketaphakou (nombre por el que era conocido a los compañeros de exilio de Bahá'u'lláh).⁷ Puesto que la epístola formaba parte del *Súriy-i-Haykal*, y éste había de difundirse por aquella época por toda Persia, el texto de la admonición era conocido de todos. Corría el año 1868. Puesto que el texto circulaba por Persia y la India en manos de todos los creyentes, había grandes expectativas por ver lo que sucedería. No mucho después estalló la guerra entre Francia y Alemania. En ese momento nadie esperaba una victoria alemana. Napoleón, cuya gloria había de verse trocada por una enorme humillación, vencido y deshonorado, se rendía ante sus enemigos.

⁴ En Adrianópolis.

⁵ Napoleón III.

⁶ Una de las obras de Bahá'u'lláh, escrita después de su declaración.

⁷ Hijo del cónsul francés de Siria, con quien Bahá'u'lláh mantenía relación amistosa.

Otras Tablas⁸ fueron enviadas a otros reyes, entre ellas la dirigida a S.M. Násiri'd-Dín Sháh. En ella Bahá'u'lláh decía: "Hazme llamar, reúne a los 'ulamás, pide pruebas con que distinguir la falsedad del error". S.M. Násiri'd-Dín Sháh remitió la santa epístola a los 'ulamás con el encargo de que aceptasen la propuesta. Pero no se atrevieron. Entonces el Rey comisionó a siete de los más célebres de entre éstos para que dieran respuesta al desafío. Al cabo de un tiempo, devolvieron la santa carta, diciendo: "Este hombre es un adversario de la religión y un enemigo del Sháh". Su majestad el Sháh de Persia montando en cólera, dijo: "Es ésta una cuestión de pruebas y argumentos, de verdad o de falsedad ¿qué tiene que ver esto con la enemistad hacia el Gobierno? ¡Ay! En cuánto respeto hemos tenido a estos 'ulamás incapaces siquiera de dar réplica a una epístola".

En resumen, se está cumpliendo todo lo escrito en las Tablas a los Reyes. Si lanzamos una mirada retrospectiva a los acontecimientos ocurridos desde 1870, vemos que casi todo ha sucedido tal como había sido predicho. Tan sólo faltan algunos acontecimientos que tendrán lugar en el futuro.

No han faltado extranjeros y miembros de otras confesiones que hayan atribuido milagros a Bahá'u'lláh. Algunos creían que era un santo,⁹ y aun otros llegaron a escribir tratados sobre Él, como el de un erudito sunní de Bagdad llamado Siyyid Dávúdí, en cuya obra se describen ciertos hechos sobrenaturales de los que sería autor Bahá'u'lláh. Todavía hoy en todas partes del Oriente se encuentran personas que, sin hacer profesión de fe en Bahá'u'lláh, lo consideran un santo y autor de milagros. Tanto sus adversa-

⁸ Nombre con que se designa a las epístolas de Bahá'u'lláh.

⁹ Valí.

rios como sus seguidores y cuantos fueron recibidos en su santa presencia reconocieron y confesaron la grandeza de Bahá'u'lláh. Incluso quienes no creían en Él reconocían esa grandeza nada más entrar en el sagrado umbral, donde la presencia de Bahá'u'lláh les infundía tal respeto que no podían pronunciar palabra. Cuán a menudo sucedía que algunos de sus más enconados enemigos resolvieran dentro de sí mismos "cuando llegue hasta su presencia disputaré con Él arguyendo tales y tales razones". Mas cuando llegaban ante la Santa presencia, solían quedar confundidos, atónitos, sin habla.

Bahá'u'lláh careció de maestro o tutor, nunca estudió árabe ni ingresó en ninguna escuela, todo lo cual no fue óbice para que la elocuencia y elegancia de sus benditas exposiciones en árabe causaran asombro entre los más distinguidos eruditos árabes, quienes en su estupor llegaban a reconocer que era Él sin igual e incomparable.

Si examinásemos cuidadosamente el texto de la Torah, veríamos que la Manifestación Divina nunca dijo a quienes le negaban "estoy dispuesto a realizar cualquier milagro que pidáis; a cualquier prueba que propongáis estoy dispuesto a someterme". Mas en la epístola dirigida al Sháh Bahá'u'lláh claramente afirma: "Reúne a los 'ulamás y hazme llamar para que las pruebas puedan ser establecidas".¹⁰

Durante cincuenta años, cual montaña, Bahá'u'lláh se enfrentó a sus enemigos. Todos ansiaban y se esforzaban por deshacerse de Él. Mil veces planearon crucificarlo y destrozarlo. Durante cincuenta años su vida corrió constante peligro.

¹⁰ Cf. la nota 2 de la pág. 56.

En la actualidad, Persia se encuentra en un estado de tal decadencia que todo hombre inteligente, persa o extranjero, que esté familiarizado con la verdadera condición de sus asuntos, reconocerá que el progreso, la civilización y regeneración de Persia dependen de la difusión y promoción de las enseñanzas y principios sentados por este gran Personaje.

Cristo, en su bendita época, en realidad sólo educó a once hombres, el más eminente de entre los cuales -Pedro- le negó tres veces cuando fue puesto a prueba. A pesar de ello, la Causa de Cristo se difundió por todo el mundo. En el presente día, Bahá'u'lláh ha educado a miles de almas que, aun bajo la amenaza de la espada, han conseguido elevar hasta el más elevado firmamento el clamor de "Ya Bahá'u'l-Abhá"¹¹. En el fuego de las pruebas sus rostros se han iluminado como el oro. Reflexiona, pues, acerca de lo que sucederá en el futuro.

Por último, debemos ser justos y reconocer qué gran Educador fue este Glorioso Ser, cuán maravillosas las señales que manifestó, y qué poder y fuerza han sido puestos en evidencia a través de Él.

¹¹ Exclamación utilizada por los bahá'ís como profesión de fe. Literalmente significa: "¡Oh Tú, Gloria de las Glorias!".